

Biden en Próximo Oriente

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

El reciente viaje de Joe Biden a Oriente Próximo poco se ha parecido al que hizo hace unas semanas a Europa. La parafernalia y la camaradería que se pudieron ver entre los líderes del G-7 en Alemania o de los mandatarios de la OTAN en Madrid han estado aquí mucho menos presentes. En realidad, la gira ha tenido dos etapas completamente distintas. Una primera con estancia en Tierra Santa y otra con el encuentro de Yeda, Arabia. La visita a Israel y Palestina ha resultado puramente protocolaria, en la que los dirigentes de esos dos países han escuchado lo que querían oír. En Israel, Biden se ha comprometido nuevamente con su seguridad y ha insistido en la alianza contra el peligro nuclear iraní. Aunque con discrepancias, ya que, mientras el primer ministro israelí, Yair Lapid, ha sostenido el uso de la fuerza como medio de disuasión, Biden ha apostado por la diplomacia. No en vano el inquilino de la Casa Blanca es partidario de regresar al acuerdo nuclear de 2015 en el que participó como vicepresidente de Barack Obama y saltó por los aires con la llegada de Donald Trump. En buena medida, Biden no hacía sino reivindicar su legado. Por su parte, en Palestina, volvió a apostar por la solución de los dos estados, si bien indicando que no era el momento. Y ahí está el problema: que nunca es el momento. Aquel discurso que al principio de su mandato hizo Obama en El Cairo, que le valió el Premio Nobel de la Paz, quedó en nada y los palestinos continúan siendo los grandes olvidados de la región. Una región que poco tiene que ver con la última vez en que estuvo Biden. La Administración Trump cambió muchas cosas: recortes de las ayudas económicas palestinas, reconocimiento de Jerusalén como capital del Estado de Israel, traslado de su embajada de Tel Aviv a la ciudad santa o ampliación de relaciones con otras monarquías árabes, aparte de Jordania y Egipto, lo cual también ha estado muy presente en Yeda. Biden enseguida retomó la cooperación económica con Palestina, pero no ha revocado las medidas más polémicas de su antecesor. Ni siquiera se habló de reactivar las conversaciones de paz. Por eso digo que esta parada ha sido formal, de rutina, con escasísima relevancia política. En el tablero internacional actual éste es un tema que no interesa. A diferencia de décadas anteriores, la cuestión palestino-israelí ha perdido muchísimos enteros y ya no está sobre la mesa una posible salida. Biden se detuvo en Tierra Santa aprovechando que iba a Yeda, que era realmente donde había que batirse el cobre.

En esta ciudad al borde del Mar Rojo asistió a la cumbre del Consejo de Cooperación del Golfo y Jordania, Egipto e Irak. En ella dos han sido los objetivos de la reunión. En el plano político, reforzar la alianza anti-iraní (y, de paso, anti-rusa). Algo que no es fácil, porque Omán y Qatar tienen lazos diplomáticos con Teherán. Incluso, Biden sabe que los mayores atentados contra civiles y soldados norteamericanos, por ejemplo, los han perpetrado militantes suníes. En el plano económico, convencer a los productores de la zona para que aumenten el bombeo de crudo para evitar el fuerte crecimiento de los precios de la energía como consecuencia, en especial, de la guerra en Ucrania. Biden les ha solicitado que incrementen su capacidad de extracción, teniendo muy en cuenta que el IPC de junio en EEUU ha alcanzado el 9,1%. Una circunstancia que está haciendo que su índice de popularidad esté por los suelos, a unos meses de las elecciones de medio mandato, donde todo apunta a que los demócratas podrían perder la mayoría en el Congreso. Si se cumpliera esto, las esperanzas del trumpismo se renovarían y quién sabe si no estaría en condiciones de ganar las próximas presidenciales.

No obstante, para lograr su cometido, Biden se ha tenido que entrevistar con Mohammed Bin Salman, el príncipe heredero de Arabia y verdadero hombre fuerte del reino, donde nada se mueve sin su conocimiento y consentimiento. Con los informes de la CIA y de la ONU apuntándole como responsable del secuestro y descuartizamiento del periodista saudí Jamal Khashoggi, columnista del Washington Post, Biden habló en la campaña de 2020 de enviar a Arabia al rincón de los Estados paria por su falta de respeto a los derechos humanos. Ahora, sin embargo, no ha tenido otro remedio que tragarse sus propias palabras ante la necesidad de contar con los saudíes en sus previsiones. La realidad es que a MBS el asesinato de Khashoggi le ha resultado gratis, así como la brutalidad que los árabes y sus aliados están empleando en Yemen, porque, a pesar de la incomodidad que su presencia pudiera provocar, lo cierto es que se sigue moviendo en el plano internacional sin problema alguno. Los líderes mundiales no le han dado la espalda, de manera que una vez más la moral cede en detrimento de la realpolitik, que es la que, a la postre, guía las relaciones internacionales, como lo acaba de certificar el propio Biden.

17 de julio de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de julio de 2022, p. 22